

**Gregory CLARK, *The Son Also Rises. Surnames and the History of Social Mobility*, Princeton, Princeton University Press, 2014, 364 pp.**

La hermosa muchacha, coloreadas sus mejillas por el rubor, dudó un momento antes de responder:

—Somos de la misma familia, señor.

El joven, con una morbosa mezcla de desdén y deseo, atusó su mostacho y replicó:

—Vaya, una pariente pobre. ¿Acaso eres una Stoke?

—No, señor. Pertenezco a la familia d'Urberville.

Turbado por la inesperada respuesta de la joven campesina, el caballero rectificó:

—Ah, sí, eso quería decir: los d'Urbervilles.

El encuentro entre Tess Durbeyfield y Alec (Stoke) d'Urberville simbolizaba para el novelista inglés Thomas Hardy (1840-1928) el irreversible cambio experimentado por la sociedad tradicional británica. A la decadencia de los viejos linajes, como el de Sir Pagan d'Urberville, presunto compañero de Guillermo el Conquistador, cuya empobrecida descendencia había corrompido su apellido en Durbeyfield, se contraponía el imparable ascenso del dinero, capaz de comprar no solo inmuebles sino también relumbrantes blasones (como habían hecho los Stokes para mutar en d'Urbervilles). Una intensa movilidad social, pues, para un mundo nuevo.

No falta en el libro de Gregory Clark que me corresponde aquí comentar la oportuna alusión a los d'Urbervilles de Hardy (no así a los Stokes), pero no se detienen aquí los juegos literarios. A nadie escapa el juego de palabras que el autor propone en el propio título, parafraseando el de la conocida novela de Ernest Hemingway. Pero en *Fiesta*, curiosamente, no había hijos, imposibilitado como estaba el periodista norteamericano Jake Barnes, a causa de una inoportuna herida de guerra, de consumar su relación con Lady Ashley. De todo esto, de descendencias y de ascendencias, de movi­lidades sociales de abajo arriba y de arriba abajo, y de apellidos raros, trata el ensayo de Clark.

Aunque convendría advertir que este libro es, más que un ensayo individual, el resultado de un trabajo en equipo. Clark lo reconoce en la portada, acompañando su nombre con el de otros once colaboradores, entre los que destaca a mayor tamaño tipográfico los de Neil Cummins, Yu Hao y Daniel Díaz Vidal. El volumen y diversi-

dad de las series de datos reunidas difícilmente hubieran podido ser abarcadas por un solo investigador. Pero no es difícil reconocer en este ensayo al autor de *A Farewell to Alms*, en cuyas hipótesis profundiza. Defendía allí Clark una interpretación de la industrialización británica de corte malthusiana-darwinista, según la cual la difusión de la cultura y valores de la élite burguesa en la sociedad británica se habría producido en virtud de un anómalo diferencial de fecundidad entre ricos y pobres, por el que los primeros, más fértiles, habrían dado lugar a una intensa movilidad descendente con el consiguiente reemplazo genético en la población británica. Las críticas recibidas (véase McCloskey *et al.*, 2008) no parecen haber arrojado a Clark, quien retorna aquí a la hipótesis de la difusión de caracteres genéticos proponiendo nada menos que una teoría general de la movilidad social. Hay que reconocer que en este empeño no le faltan ambición, originalidad e ingenio.

El libro se organiza, dejando a un lado la introducción y los apéndices metodológicos e índices, en quince capítulos, agrupados en tres bloques, a lo largo de los cuales el autor va combinando los estudios de caso (capítulos 2 a 5, 8 a 11, 13 y 14) con otros de carácter más general y teórico (capítulos 6, 7, 12, 15 y 16). Pero vayamos por partes. Para entender bien este esfuerzo conviene que diferenciamos, por un lado, el modelo teórico subyacente; por otro, la metodología y las fuentes utilizadas para contrastarlo; y por último, la interpretación global que se hace a partir de ello.

El modelo teórico elaborado por Clark es doblemente tributario de la obra del estadístico y eugenista británico Francis Galton (1822-1911). Desde el punto de vista técnico, se sustenta sobre el concepto probabilístico de regresión hacia la media, formulado por aquel en 1886. En cuanto a la causalidad, apuesta por la herencia genética como su vector principal. La regresión hacia la media nos dice que en una distribución de frecuencias aleatoria lo esperable es que los valores de las colas no sean estables, de modo que acaben mostrando una dependencia hacia el valor central. Aplicado a la movilidad social predice, por tanto, la convergencia de los grupos extremos de la escala social hacia la mediocridad. En términos puramente técnicos, la utilización de coeficientes de correlación ( $R$ ) para medir los cambios de estatus entre generaciones sucesivas implica que la posición de partida irá reduciendo inexorablemente su coeficiente de determinación ( $R^2$ ). Así lo reconoce la literatura que emplea esta técnica en Sociología Económica. Pero Clark va más allá, al proponer que existe una constante universal de correlación intergeneracional a la que llega a otorgar un valor (0,75), del cual las desviaciones serían raras y predecibles: lo que llega a denominar una «física social de la movilidad intergeneracional». Distingue para ello entre el estatus social aparente (medible por indicadores parciales como la renta y el patrimonio, la educación, la estatura o la longevidad) y la competencia social subyacente (no observable directamente). La ecuación que permitiría predecir el estatus social de un grupo generacional dado ( $x_{t+1}$ ) incluye en el binomio una tasa de persistencia del estatus subyacente de la generación previa ( $b \cdot x_t$ ), al que se suma un componente de azar ( $e_t$ ). Entre las propiedades de la fórmula destaca que azar y tasa de persistencia guardan una relación inversa, de modo que si crece el componente aleatorio disminuye la dependencia del estatus familiar. Otra derivada de la misma es lo que Clark denomina *law of motion*, por la cual los movimientos sucesivos en la cadena hacia o desde la media presentarían en

término medio una doble simetría: por un lado, simetría en la secuencia temporal de un mismo grupo (la generación anterior y la posterior se ordenan en posiciones predecibles); por otro, simetría en los movimientos de los grupos a ambos extremos de la escala social (divergen y convergen de manera también predecible).

Para testar su modelo, Clark y su equipo echan mano de una abundante colección de bases de datos nominativas procedentes de varios países. Su fin es utilizar los apellidos como unidad básica de análisis para comprobar el grado de cumplimiento y la velocidad de la regresión a la media. El método es relativamente sencillo: se selecciona un conjunto de apellidos claramente identificables por su rareza o su componente étnico, y se contrasta su frecuencia relativa en la muestra con su frecuencia relativa en el conjunto de la población a lo largo de varias «generaciones» (entendiendo por tal, bloques temporales de unos treinta años).

Así, el capítulo dos, dedicado a Suecia, utiliza los registros del *Riddarhuset* (el equivalente sueco a la Grandeza de España, fundado en 1626), los listados fiscales de 2008, los directorios de abogados y médicos en 2012, los alumnos matriculados en las principales universidades y la composición de las reales academias. Como representativos de las clases altas toma los apellidos latinizados y los ostentados por la aristocracia; enfrente, los apellidos plebeyos con formato patronímico (terminados en *-son*). Aquel grupo de apellidos cuya presencia relativa en un grupo selecto (pongamos, el de estudiantes universitarios) es mayor que en el total de la población (el cociente entre uno y otro es superior a uno) pertenece a la élite. Al revés ocurre con los apellidos plebeyos, más abundantes en términos relativos en el conjunto de la sociedad que en el grupo selecto (cociente por debajo de uno). Lo que observa a largo plazo es la convergencia paulatina de los apellidos patricios y plebeyos hacia la media, con una tasa de persistencia del estatus social subyacente entre 0,7 y 0,8, lejos de los valores de correlación calculados para este país a partir de indicadores parciales como la renta.

Esta metodología se aplica, con ligeras variantes, en los capítulos sucesivos. Tras Suecia se examinan los casos de Estados Unidos y del Reino Unido. Las fuentes en el primer caso son los listados de grandes contribuyentes neoyorquinos de 1923-1924, los graduados universitarios antes de 1850, y los nomenclatores de la profesión médica y la abogacía entre 1920 y 2012. El recorrido cronológico es mucho más largo en el caso británico, para el que se vale del *Domesday Book* de 1086, de los registros de las universidades de Oxford y Cambridge (1170-2012), de los del tribunal testamentario del arzobispado de Canterbury (1384-1858), de las *Inquisitions Post Mortem* de 1236-1299, de los escaños del Parlamento desde 1295 y de la website Ancestry.com. Persigue en esas fuentes la frecuencia relativa de apellidos raros de viejas élites (grandes contribuyentes, aristócratas, judíos) y grupos comunes y marginales (nativos y afroamericanos, artesanos medievales) para medir la correlación intergeneracional. Más adelante amplía la observación a la India, China y Formosa, Japón y Corea, y Chile, donde vuelve a hacer uso de registros nominativos de las universidades, de la profesión médica, de la abogacía, de la dirección de empresas, de la administración, de la literatura académica y, para el caso de China, de los registros de exámenes imperiales (*jinshi*) entre 1820 y 1905. Estos casos le sirven al autor para contrastar hipótesis relativas al impacto de la endogamia matrimonial y las políticas contra la segregación

(sistema de castas en la India), de convulsiones sociales inesperadas (revoluciones en China), de la homogeneidad cultural (Japón y Corea) y de la desigualdad de patrimonios (Chile) sobre la movilidad social. Dedicar los últimos capítulos a examinar algunos casos de inusual persistencia del estatus (judíos, protestantes irlandeses, gitanos, coptos), que explica apelando a la escasez de matrimonios mixtos y a la migración selectiva dentro o fuera del grupo.

Los datos procesados ofrecen más de un plano de interpretación. La primera constatación es que la metodología y fuentes escogidas presentan tasas de movilidad social muy inferiores a las que ofrece la literatura al uso. Esto le sirve a Clark para rectificar su creencia previa en la idea de que las distinciones de clase tenían escasas implicaciones a medio plazo en la sociedad capitalista. Por el contrario, la clase social importa. Una segunda conclusión, más sorprendente, es que no hay diferencias sustanciales entre sociedades con modelos políticos y económicos aparentemente muy alejados. La persistencia del estatus en Suecia, al cabo de un siglo de gobiernos socialdemócratas y políticas progresistas, no se alejaría demasiado de países más liberales, como Estados Unidos o Gran Bretaña, o de otros como China, con una historia política convulsa. Una tercera sorpresa es que las tasas de persistencia del estatus habrían sido incluso superiores en el siglo XX que en la Inglaterra tardomedieval, cuando los descendientes de profesiones manuales (los Smith y Taylor, entre otros) pudieron acceder a las universidades y a los registros testamentarios. La sociedad estamental y la sociedad de masas no se diferenciarían sustancialmente en términos de movilidad. Todos estos resultados apuntalarían la tesis de Clark «a la Newton» de una constante «gravitacional» de 0,75 en la movilidad entre generaciones. El salto interpretativo que se da a continuación hace recaer la responsabilidad de esta constante en la herencia genética. No es que el estatus —nos dice— esté determinado por los genes, sino que su transmisión sigue pautas similares —e indistinguibles— a la herencia genética. Para apuntalar esta tesis, lleva a cabo algunos ejercicios indirectos, como el de testar el efecto sobre la velocidad de regresión a la media de aspectos como el gasto público en educación, del tamaño de las familias, de los hijos adoptados o del enriquecimiento rápido por golpes de suerte. Los resultados distan de resultar concluyentes pero por eso mismo dejan margen para defender la tesis de que «*nature dominates nurture*».

Un ejercicio tan atrevido como el que Clark propone, inevitablemente deja flancos al descubierto por los que es posible la crítica. Por un lado, el recurso a conceptos etéreos y no observables directamente, como el de «estatus social subyacente», nos sitúa casi en el terreno de la fe. Dado que no necesariamente ha de coincidir con los indicadores usuales de «estatus social aparente», no podemos negarlo. Al emparejar estos conceptos a los de genotipo y fenotipo se establece además una conexión entre estatus social subyacente y genotipo cuya transmisión hereditaria sería indistinguible. Artículo de fe. Por otro lado, el ejercicio se apoya sobre un abundante conjunto de supuestos (sin demostrar). Así, la fórmula que denomina «*simple law of social mobility*» presupone una misma varianza en todos los grupos de la escala social. Y esto no necesariamente tiene porque ser así. Además, al aplicar la metodología sobre grupos concretos, como por ejemplo, los testadores británicos anteriores a 1858, los miembros del Parlamento británico o los estudiantes universitarios japoneses, asume que estos representan una

proporción fija en la cúspide social (el 5%, el 0,5% y el 1%, respectivamente).

En otro orden de cosas, las fuentes utilizadas son demasiado disímiles y el análisis de sociedades y épocas diversas deja de lado numerosas variables que tendrían algo que decir, como los movimientos migratorios o los regímenes de herencia. Pero mi principal objeción tiene que ver con el empleo de los apellidos como unidad básica de análisis para la movilidad social. Clark se cura en salud al reconocer el carácter patriarcal de los sistemas de transmisión de los apellidos pero no asume las implicaciones que esto tiene. La frecuencia de un apellido en diferentes momentos del tiempo nos ofrece una ilusión de continuidad y unicidad que son, cuando menos, discutibles. En realidad, cuanto más retrocedemos en las generaciones la representatividad de ese apellido como indicador de posición social de la familia va disminuyendo. En la generación de los abuelos es uno de cada cuatro; en la de los bisabuelos es uno de ocho; en la de los tatarabuelos, uno de dieciséis. En los países donde es habitual el uso conjunto de los apellidos paterno y materno, como España, se podría multiplicar por dos la capacidad de rastrear las posiciones de generaciones previas, pero el problema de fondo subsistiría. Se podría aducir que esto no tiene relevancia dado que, como afirma repetidas veces Clark, su ejercicio cumple la propiedad de Markov, esto es, toda la información necesaria para predecir el estatus de la siguiente generación estaría contenida en la inmediatamente anterior. Pero esto solo sería cierto en el caso de que tuviese razón al atribuir a la genética la clave explicativa. En definitiva, hay aquí un problema de intentar reducir el proceso histórico a un fenómeno puramente probabilístico. Tanto el concepto de regresión a la media como el principio de Markov están concebidos para fenómenos aleatorios y sin memoria. Pero los procesos históricos no son aleatorios y tienen memoria.

Al final, como lector, no puedo por menos que admirar el derroche de esfuerzo e ingenio desplegados por Gregory Clark en este libro, pero el bello y elegante artificio no logra convencerme de que sea una representación exacta de cómo funciona la realidad. Y tampoco llego a creerme que se podría hacer más por la movilidad social promoviendo prácticas matrimoniales exogámicas que con todo el acervo de políticas fiscales progresivas y redistributivas que caracterizaron al siglo XX.

## BIBLIOGRAFÍA

- CLARK, G. (2014), *Adiós a la sopa de pan, hola al sushi. Breve historia económica mundial*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia.
- HARDY, T. (2006 [1891]), *Tess, la de los d'Urberville (una mujer pura)*, Madrid, Alianza.
- HEMINGWAY, E. (1984 [1926]), *Fiesta*, Barcelona, Planeta.
- McCLOSKEY, D.; VOTH, H. J.; GRANTHAM, G.; PERSSON, K. G.; CLARK, G. (2008), «Symposium on Gregory Clark's *A Farewell to Alms*», *European Review of Economic History*, 12 (2), pp. 137-199.

JOSÉ-MIGUEL LANA  
 Universidad Pública de Navarra –  
 Nafarroako Unibertistate Publikoa